

Al enviar estas hojas á la imprenta recibo el correo y leo en el *Fígaro*:

“La viuda del Mariscal Prim ha muerto ayer en Madrid. Hacía dos años que vivía absolutamente aislada. Desde la muerte del Mariscal, esta mujer, cuyas virtudes son célebres en España, estaba agobiada por el pesar.”

Al día siguiente *Mondragón*, ese inteligente corresponsal que oculta su nombre con el seudónimo, escribía al *Fígaro*:

“Doña Francisca Agüero, duquesa de Prim, ha fallecido anteayer (13 de Febrero) en Madrid, después de tres años de crueles sufrimientos. Digo tres años, y me equivoco, son más bien veinte años de una muerte á fuego lento. La duquesa ha sucumbido por el pesar, y todo el mundo lo sabe en España. Desde el asesinato del general Prim, esta señora, cuya vida no ha sido sino una consagración constante á todas sus grandes afectaciones, no vivía sino para llorar al marido á quien idolatró.”

¿Qué puedo añadir? En los espacios infinitos, más allá del Hércules y del Orión, debe haber un lugar mejor que esta tierra, donde descansen en paz las almas santas después de su fugitiva peregrinación. *Ella era dulce, sencilla y al mismo tiempo gran señora.*

Allí debe estar tan distinguida mexicana, modelo de madres y ejemplo de esposas. . . .

CARTA DE DOÑA CARLOTA, EX-EMPERATRIZ DE MÉXICO.

~~~~~  
Hija mía:

*Perdóname que te llame hija, ya porque soy viuda, ya porque mis dolores me dan derecho de emplear contigo el sagrado nombre de madre.*

*Te ví en Italia cuando eras bella, joven y feliz; yo era también feliz y joven, aunque no bella como tú. Te ví otra vez, cuando eras dichosa, y yo muy desgraciada. Te escribo hoy para anunciarte que puede llegar día en que seamos desgraciadas las dos. Yo también fui reina, María Victoria! . . . . Yo también sonreí. . . . y me engañé! . . . . Sabes que he perdido el juicio; pero Dios que te ama tanto me envía esta hora de lucidez para que te diga la verdad; ya que tanto ambicioso, tanto adulator, tanto hombre indigno, tanta boca embustera, tanta lengua idiota y tanto corazón gangrenado te mentirán. ¡Yo he sido reina, duquesa de Aosta, y conozco el oficio! ¿Me entiendes? ¡Sí! ¿Me entiendes?*

*Ahora falta que tu corazón de mujer no te venda. Soy Carlota, la antigua emperatriz de México. ¿Me entiendes? ¡Sí! ¿Me entiendes. Ahora falta que tu corazón de mujer no te engañe. Tengo prisa de comunicarte mis temores, porque no sé el tiempo que la demencia me dejará libre. ¿Quién nos había de decir lo que ha pasado, cuando nos vimos por primera vez en las arboledas de Frascati*

y el Tívoli? ¿Te acuerdas de aquellas tardes apacibles? ¡Ay! María, oye con atención lo que mi desgracia va á señalarte y advierte que es la buena ventura, que te dice una infeliz que ha enloquecido de dolor.

Una comisión fué á Viena para ofrecer á mi marido la corona de México. Te hablo de una comisión. Maximiliano me llamó y me dijo: "Carlota, me ofrecen el imperio de un pueblo famoso de América ¿qué te parece? yo bajé los ojos y quedé pensativa. Maximiliano volvió á preguntarme "¿qué te parece?" Yo continuaba meditando y no le respondí. Mi esposo hizo ademán de abandonar el aposento; entonces comprendí que iba á desechar el imperio que venían á ofrecerle, y no sé qué lumbre interior quemó mi vida. "Espera," le dije: y Maximiliano volvió sonriéndose. ¿Qué significaba esa sonrisa? ¡Ay, María Victoria! Mi esposo sabía que yo era mujer, y que se trataba de una diadema. No quiero fingirte, ni engañarte. El resplandor de aquella corona cegó mi alma. Imaginábame ver el brillo de sus perlas, zafiros y brillantes; y en mi fantasía creí ver un pueblo que se arrodillaba en torno mío, besaba mis pies, se agolpaba para mirarme, se desvelaba por bendecirme y clamaba de alegría. ¡Ilusión tremenda, lisonja horrible! Sigue leyendo, amiga mía, y verás lo que aquella lisonja me costó. "Oye, Maximiliano," respondí á mi esposo: "no te digo que nó, pero tampoco te digo que sí." Mi marido entendió que yo le decía: "No te digo que sí, pero tampoco que nó;" y aquí debo confesarte que no se equivocaba. Maximiliano vió lo que significaba mi respuesta, y en sus ojos ardió una luz que no pude explicarme entonces; pero que el tiempo me explicó después. ¡María, ten cuidado contigo, con tu hijo y con el rey Amadeo! La ambición enciende en los ojos del hombre un reflejo diabólico, y convierte á un angel en demonio. El hombre que quiere ser rey, se torna en demonio. Los ojos de Maximiliano brillaron de una manera, que sentí miedo: Maximiliano era un demonio en aquel instante. "La comisión vendrá á las tres" me dijo; "tú la oirás; arréglate." Mi esposo comprendió que me había oído á mí misma, que había escuchado mi orgullo de mujer, y que no tenía necesidad de escuchar

á nadie. Si él hubiera escuchado mi vanidad es muy probable que yo no hubiera visto la comisión.

Dios te libre de los hombres que aspiran á ser reyes, una fiera es más razonable. La comisión tenía que venir á las tres y yo estaba arreglada desde las dos. Entonces no sabía ser reina. Un año después, otra comisión debía verme á la una y yo me arreglaba á las cuatro, había aprendido á ser emperatriz. Vuelvo á decirte que estaba arreglada desde las dos. ¿Lo oyes, María? Yo esperaba impaciente y sospechaba que la comisión se habría arrepentido.

Maximiliano me decía, mirando mis galas: "¡Wie schoen ist die Kaiserin von Mexico! "(¡Qué bella está la emperatriz de México!)"

Esta galantería de mi marido me causó dolor, porque imaginé que la comisión había tomado el camino de América. Tres criados anunciaron de improviso: "La serenísima comisión Mexicana." Yo sentí estremecimiento de placer. "Ya soy emperatriz," exclamé en el fondo de mi corazón, "ya soy augusta majestad imperial." ¡Oh! Tristes ilusiones, negras vanidades, desgarradores caprichos, terribles realidades de la conciencia. ¡Cuánto me costáis, cuán caro me salís.

Sigue leyendo, María Victoria, sigue:

La comisión se puso de rodillas y me besó la mano. ¡Era lo que yo quería, era lo que yo soñaba! Luego manifestó que el cielo nos había destinado para salvar á un pueblo célebre, el cual vivía en el fondo de la anarquía más desastrosa; Maximiliano me miró, como si quisiera decirme: "Ya-vez lo que aseguran ¿qué hemos de hacer?" Yo moví la cabeza, como si intentara responderle: "Es verdad."

La comisión habló después de la frondosidad del suelo, de la riqueza de los frutos, de la dulzura de las estaciones, de las galas del paisaje, donde la naturaleza era una eterna sonrisa.

Maximiliano me miraba, como si me dijera: "¿No vez?" Yo miraba á Maximiliano, como si contestara: "Es verdad." La comisión habló extensamente de las grandiosas vistas del Orizaba, de la diafanidad del espacio, de la extensión de los horizontes, de lo igual del cielo, de las salidas y de los ocasos del Sol, de las aves, etc.

Yo creía ver el color encendido de la aurora, el tinte pálido de las nubes que despiden al Sol en Occidente; me figuraba presenciar el dulce misterio de aquellos ocasos que presentaban á mi fantasía como plegarias de la tarde; percibir la melodía de aquellos pájaros, el aroma de aquellas flores, el murmullo de aquellos ríos, el suspiro de aquellos aires al través de las silenciosas espesuras de los bosques y de las selvas. En fin, María, creí ver la deidad de América en lo más florido y galano del orbe, entre las sonrisas de Dios.

Maximiliano volvía á mirarme, como si quisiera repetirme: “¿Ya vez?” Yo miraba á Maximiliano, como queriendo responderle: “Es verdad.”

Mi marido y yo nos quedamos solos. ¿Qué te han parecido los comisionados?” me preguntó. Yo le respondí: “Me han dejado verdaderamente complacida;” son caballeros muy cumplidos y muy cortes. “Te han besado la mano al entrar y al salir. Se conoce que es gente principal.” “Sí, sí,” dije yo: “debe ser gente principal.”

Sigue leyendo, duquesa de Aosta, reina electa de un pueblo famoso; ya verás en qué vino á parar tanta complacencia, tanta poesía. ¡Ay, mil veces aquellos hombres los comisionados, nos burlaban con mil mentiras, y decíamos con orgullo: “Se conoce que es gente principal.” Si nos hubieran dicho la verdad austera, la verdad honrada, si aquellos mendigos hubieran sido personas leales hubiéramos dicho con repugnancia: “Se conoce que es gente plebeya” . . . .

Nos embarcamos, el vapor parte, y las playas de Europa van desapareciendo de nuestra vista, allí quedaban las cenizas de nuestros padres, los recuerdos de la patria que nos vió nacer de la que renegábamos, alucinados por las glorias desconocidas de nuestra patria adoptiva.

He dicho glorias desconocidas. No eran tales, María, si no ¡ay de mí! glorias criminales. Cuando observé que desaparecían las costas alemanas sentí una punzada en el corazón y ahí dió principio la calentura, que más tarde turbó mi mente, y principió este delirio que consume mis fuerzas, esta tisis horrible que devora mi vida. Hay dos clases de fiebres, María Victoria, la del cuerpo y la del espíritu: aquella mata, ésta enloquece. ¡Ten cuidado de tu esposo y de tí!

Cerca ya del anochecer del mismo día en que nos embarcamos, divisé en el horizonte un punto blanquecino, casi amarillo, que parecía moverse como si fuera una bruma del mar. Me acerqué á mi esposo y le dije: “¿Qué es aquel punto blanquecino y movedizo que se ve á lo léjos?” “Son las playas.” “¿Qué playas?” “Las del Adriático.” ¡Adios costas del Adriático! grité en mi conciencia, ¡adios arenas de mi patria, cuando vuelva á vosotros algún día me veréis vestida de luto! “¿Qué tienes, me preguntó Maximiliano?” “Nada,” le respondí. Yo también lo engañaba; todos lo engañábamos, incluso su mujer. ¡Oh esposo mío, sombra adorada de mi vida, hombre desgraciado, perdóname!

¿Extrañarás, María Victoria, que haya enloquecido? Sigue leyendo.

Empleamos en el viaje veintitrés días, tú no sabes lo que es vivir veintitrés días entre cielo y agua, día y noche, Sol y estrellas, cuando en la tierra nos está esperando una corona. Yo estaba tan celosa de mi diadema, tan enamorada de mi majestad imperial que cada ola me parecía un escollo en donde el buque iba á estrellarse. Maximiliano me miraba, como si quisiera decirme: “¿Llegaremos Carlota?” yo le miraba, como si quisiera decirle: “¿Llegaremos Maximiliano?”

¡Ay, amiga mía! ¿Por qué el mar no fué caritativo con nosotros? ¿Por qué no abría sus senos misteriosos á la nave que nos conducía?

Llegamos á México. ¡Cuánta gente! ¡Cuántas luminarias! ¡Cuántos vítores! ¡Cuántas flores en el camino y en las calles! ¡Cuántas coladuras! ¡Cuántos himnos! ¡Cuántas alegrías! ¡Cuánto amor! Y sin embargo, horrorízate María Victoria, México nos odiaba. Fuimos recibidos como á los ángeles tutelares, como dos espíritus celestes, como dos semidioses; pero México nos aborreía.

Si alguna vez sales de Italia, si el resplandor de una corona te ciega los ojos y el corazón; no te fies en el número que rodea la portezuela de tu coche, no en la muchedumbre que obstruye tu paso, ni en los ojos que se agolpan á verte.

El pueblo ve á los reyes y á los emperadores como presencia un espectáculo teatral, una corrida de novillos, ó una colección de animales curiosos. El pueblo ve á los reyes como ve á los ajusticiados.

No fíes tampoco en la sonrisa de los que el mundo llama grandes. ¡Si tú supieras cuán pequeños son! ¡Si los vieras en su tamaño natural desnudos de pompas como yo los he visto! Los cocodrilos y esos hombres son parecidos en que ambos buscan una presa para desgarrarla con sus dientes: aquéllos lloran para atraerla, éstos para entregarla. El cortesano ríe; el cocodrilo llora; pero cocodrilo y cortesano lloran y ríen para atraer y devorar.

No olvidaré nunca que un magnate de México cayó de rodillas á nuestros pies y besó la tierra que nosotros pisábamos. Aquel fué el primero que nos hizo traición, el que primero vendió á mi marido y el primero que conspiró, hasta que logró verlo fusilado. ¡Fusilado, María! ¿Oyes? Mi marido fué fusilado en suelo extranjero. ¿Lo has oído bien? ¡En suelo extranjero! El que más nos adula es el que primero nos engaña; el que más nos besa las manos, es el que primero nos entrega. ¡Yo sé lo que te digo! ¡Yo lo sé! ¡No dudes! ¡Ay de tí, si dudas! María, te ví en Frascati y en el Tivoli, cuando eras joven, bella y dichosa. Por tu dicha, por tu belleza, por tu juventud, no olvides las palabras de una amiga fiel, que no puede engañarte, porque es muy desgraciada, la más desgraciada que nació de madre alguna. Amaba á un hombre más que mi vida, y me lo asesinaron en México. ¡No; no! Los pueblos no asesinan. Lo asesinaron aquellos hombres que nos vinieron á buscar; los que se sonreían y nos besaban las manos y se arrastraban á nuestros pies. ¡María, cuida de tu esposo, de tu hijo, de tí! ¿Tienes conocimiento de que algunos llaman al duque de Aosta? ¡Hija mía, mucho cuidado! ¿Ves esos que lo llaman y humillan la cabeza y se arrojan? Pues esos, esos lo fusilarán. ¡Yo sé lo que te digo! ¡No dudes, María! ¡Colgaduras, himnos, luces! ¡Arcos de triunfo, vítores, flores, todo pasó! Llegaron noticias de la guerra, y mi marido me miró de un modo que yo no pude comprender.

Hay misterios que están en la profundidad de la vida, como los

abismos en las profundidades de la tierra, los volcanes en las profundidades de los abismos y ciertas penas en las profundidades del alma. Mi marido vió algún arcano, un arcano tremendo me miró y no me dijo ni palabra. ¿Qué había de decirme, si aquel arcano era su sentencia de muerte? El emperador llamó á un personaje del gobierno, y ambos se encerraron en una estancia. Escondida entre los cortinajes de una puerta, oí parte de lo que hablaron. Mi esposo dijo finalmente al personaje de aquel país: “Pero bien, ¿á cuántos será menester fusilar?” Bastarán ocho á nueve mil “contestó una voz trémula. ¡Nueve mil criaturas iban á ser sacrificadas, y lo fueron realmente! El personaje del gobierno desapareció y el Emperador quedó solo. Yo fui á buscarle. ¿Qué habeis tratado?” “Nada.” Yo le miré de hito en hito por espacio de mucho tiempo. Maximiliano bajó los ojos y los clavó en el suelo.

¿Estrañarás amiga mía, que esta mujer haya perdido la razón? ¡Oh, María! Antes que mores en ciertos palacios, prefiere vivir en una cueva de gitanos, en una cabaña de pastores, en la choza de un pescador, en la choza, en la cabaña, en la cueva, puedes creer en Dios y esperar en la Providencia de este mundo; puedes amar á un hombre, á un padre, á un hijo. En ciertos palacios no cabe otra cosa que sospechar, aborrecer y maldecir.

La comisión dijo que México se encontraba en la más desastrosa anarquía. ¡Era falso, María! la anarquía estaba en la comisión y en los hombres que enviaba para perdernos; en algunos ambulantes políticos, pordioseros de ayer, hambrientos de siempre, metidos á señores y déspotas, sin saber ser ni señores ni déspotas; en algunos corazones henchidos, en algunas conciencias podridas; en unos cuantos miserables plebeyos, metidos de rondón á reyezuelos de sí mismos, los cuales se hacían los honores mandando tocar á su paso la marcha real, mientras que no saben llevar la corbata blanca; y sus trajes y vestidos huelen á legajos de procurador, á drogas de botica, á sala de hospitales, á rancho de cuartel, á cal y canto, á diccionario de Geografía, á mostrador de manteca de Flandes y á carne de puerco. En ellos está el desorden, la gula, la disolución, el latrocinio, la bancarrota, la apos-

tasía, la desvergüenza, el escarnio de toda idea moral, de todo sentimiento digno, de todo instinto honrado, de todo pudor. ¡Ay, María Victoria, tú no sabes lo que sucedió! Los comisionados venían en grandes buques, daban grandes banquetes, se les asignaron para su plato veinticinco duros; trajeron además cinco mil duros en pequeñas monedas de oro, para dar de comer á los pobres de otro país, haciéndose los opulentos y los grandes; pues en tanto que esto pasaba, poblaciones importantes de México se veían azotadas de la fiebre amarilla y de la miseria, y los maestros de la niñez se morían de hambre y los soldados corrían las aldeas matando á los hombres para robar los impuestos públicos. ¿No olvidas? La caballería invadía á los pueblos, arrancando á tirones, girones y lágrimas, como en los tiempos de la barbarie, como en los tiempos de Moctezuma. Ahí tienes la anarquía en cuyo negro fondo agonizaba México. ¡Ah malditos! ¿Por qué os creímos, en lugar de entregaros á la justicia, como los primeros bandidos de América? ¡Ay, si otra vez sucediese! Mi querida amiga si en estos instantes se hiciese la anatomía de mi cuerpo verías que mis entrañas están secas. ¡Cuánto he llorado! ¡Cuánto he padecido! ¡María, aprende á mí! Cierra tus oídos y tu cerebro á las falsedades de esos señores de Carnaval.

Maximiliano se acostó; pero no dormía. Yo no quise acostarme, sentada en una silla de brazos, recliné la cabeza sobre las almohadas de mi lecho, y apenas hube cerrado los ojos, cuando de mi espíritu se apoderó una pesadilla que no quisiera recordar. ¡Cuánto debes agradecerme este sacrificio de mi conciencia, María Victoria! ¡Estoy desgarrando mis heridas, mi corazón, mi alma! En el delirio de aquella pesadilla creí oír muchos disparos entre los lamentos y gemidos de las nueve mil criaturas sacrificadas. Creí ver muchos escuadrones correr sobre los miembros palpitantes de aquellos cadáveres insepultos, destrozando sus cráneos con las herraduras de sus caballos. Creí ver lobos y tigres saciar su sed en grandes charcos, que no eran de agua. Creí divisar la pupila luciente de las fieras que volvían la cabeza á todos lados para que nadie les sorprendiere, mientras con los dientes arrancaban las carnes y rompían los huesos

de las víctimas; oí el crujido de aquellos huesos como la Fedra de Racine; ví destilar sangre de aquellos cabellos desgreñados, del mismo modo que goteaba sangre de la barba de Héctor en el sueño espantoso de la Encidad.

Maximiliano sintió mi angustia, oyó mis suspiros y me llamó repentinamente; mas no pudo arrancarme de mi pesadilla. Levantóse entonces, sacudióme con fuerza, casi con frenesí y pude volver de aquel sueño. ¡María Victoria, era un mundo de gigantes horribles y extraños! ¡Quién hubiera muerto en aquella hora! ¡Oh, Dios mío! ¡Cuántos dolores me hubieras ahorrado! Mi esposo me preguntó: “¿Qué tienes?” Yo le respondí: “¿Tú me lo preguntas?” “¿Qué tienes?” “Nada.” “¿Qué tienes, Carlota?” “Nada, Maximiliano.” Dime lo que tienes, aunque se caiga el cielo, y se hunda la tierra.” “¿Quieres que te diga?” “Sí.”

“He visto luces en el aire; no sé qué fantasma me tira de la ropa que llevo; he visto una sombra que figura tres hombres sin cabeza; y yo los conozco.” “¿Quiénes son?” “El Emperador Maximiliano y los generales Miramón y Mejía.” Tú eres en este momento mi único amor; el amigo de toda mi vida. ¡Te veo perdido, no digas que nó! ¡Estás perdido, no digas que nó! ¡Estás perdido! “Ya lo sé.” “¡Sálvate y sálvame. Maximiliano, vámonos de aquí.” “No puedo.” “Tú no eres emperador.” “¿Pues qué soy?” “Aquí había una partida de malhechores; no tenían capitán, le necesitaban y te trajeron á tí. Tú no eres emperador de México, eres el capitán de una partida de asesinos y ladrones: tú el capitán y yo la capitana, y esto no puede ser. Si te obstinas en que te sacrifiquen entre nueve mil criaturas que tienes que sacrificar, á mí no me asiste valor para presenciar el sacrificio. Me vestiré de luto y me volveré á Europa. Te dejo mi alma, pero se va mi cuerpo.”

“¿Dices que te vas?” “Sí, me voy; quiero probar si es posible salvar á un hombre.” “Carlota, tú no me amas hoy lo mismo que antes.” “Te amo más, pero temo. Amo á mi esposo, pero temo al tirano. Tú eres el tirano de un pueblo inocente.” “¿Yo soy tirano?” “Sí.” “¿Te vas á Europa.” “Sí.”

Maximiliano permaneció frío, inmóvil, mudo como una piedra. Derepente se cubrió el semblante con ambas manos y rompió á llorar. ¡Hija de mi alma! ¡Extrañarás que esta desdichada haya enloquecido?

Llegó la hora de partir. . . . ¡Qué diferencia entre la recepción y la partida! Nadie me habló de la riqueza, de los frutos, de la fecundidad del suelo, de la benignidad del clima, ni del murmullo de las fuentes, ni del aroma de las flores, ni de la melodía de los pájaros, ni de la vista del Orizaba. No vino comisión ninguna. Un periódico publicó por entonces el siguiente anuncio:

“Se vuelve á Europa la esposa del emperador mexicano.”

Yo dije á mi esposo en el momento de partir: “¿Te quedas?” “Es mi destino,” replicó. “Pues en Europa,” proseguí; “recibiré una carta tuya concebida en estos ó semejantes términos: “Tú lo adivinaste, Carlota; el rayo de luz que entra á mi morada es el último sol que veré. Estoy en capilla, arrodillado ante la figura de Jesús. Dentro de una hora caminaré al suplicio entre un sacerdote y el verdugo.”

No quiero decirte lo que pasó por mi corazón en el momento de separarme de Maximiliano. Yo sabía que me separaba para siempre y era el único amor que he tenido, tengo y tendré. ¡Ojalá que no hubiera amado!

El buque parte. El silbido del viento al penetrar por los tubos, me parecía el ruido de una batalla. ¡Maldita sea la guerra! ¡Malditos los ambiciosos que la provocan! El continuo embate de las olas me parecía el hervidero de la sangre, el ruido de la máquina, el estruendo de las hachas, cañones y fusiles; las chimeneas del vapor se representaban como verdugos.

A los veintiún días de navegación subí á cubierta. Mis ojos se extendieron por la mar y en todas partes hallaba el rostro de Maximiliano. Puesto ya el sol, descubrí en el espacio un punto blanquecino y movedizo. “¿Qué es aquel punto que se descubre en el horizonte?” pregunté al capitán del vapor. “Señora, las playas de Europa.” “¡Playas de Europa, arenas de mi patria!” dije en mi con-

ciencia; “aquí me tenéis, como os prometí; vuelvo á vosotras vestida de luto.”

Llegué á París, corrí á las Tullerías y grité al primer palaciego. “Anunciad al emperador, que quiere hablarle la viuda de Maximiliano.”

¡Ay María! Napoleón me recibió como un hombre de palo, como una estatua de granito, como una máquina de hierro. Pero yo divisaba una cruz; á su pie lloraba una mujer, más que una mujer: ¡una madre! Yo tenía esa grande esperanza, yo adoraba esa gran fe religiosa y bendecía el dolor del Calvario, y anhelaba recibir un consuelo de Jesús y de María.

Volé á Roma, fuí al Vaticano, puse los labios en los pies de su Santidad; al besar aquel pie ví nuevamente luces en el aire, ví la sombra que figuraba tres cuerpos sin cabeza, ví dos manos cruzadas que chorreaban de sangre, como los cabellos de las víctimas: manos que enlazaban dos horcas, que hablaban y decían: “Somos Monti y Figneti. Perdí toda la esperanza, se apagó mi fe; me acordé de un hombre y enloquecí.

Me condujeron á Viena; pero en Viena hay mucha algazara, y vine á este castillo. Aquí estoy en el campo. Vivo con el silencio, la soledad y una memoria adorable.

Aquí me trajeron una caja que contiene los restos del hombre á quien amé, caja que abrí un día sin que nadie me viera. La mano derecha de mi esposo estaba cerrada, como si fuera de bronce. Mis manos abrieron la suya y encontré un papel que decía: “Carlota, tú lo adivinaste: la luz que penetra mi morada será el último rayo de sol que veré. Estoy en capilla arrodillado ante un Nazareno. Dentro de algunas horas iré al sacrificio entre el sacerdote y el verdugo.

“Tú no tienes la culpa; perdóname, consuélate. Saluda á mi familia y á mi patria. Adios, Carlota; el juicio de Dios me espera. Ya que he vivido mal, quiero morir bien. Mi último suspiro será para tí. ¡Quién te hubiera creído, amada mía!”

¡Extrañarás, mi querida amiga, que esta pobre mujer haya perdido la razón? Me miro á menudo al espejo y exclamo: “¿No soy lo que era, no soy Carlota?” No, no soy mujer, no tengo vida; voló mi alma! Una tenía y me la robaron! ¡Volvédmela, ladrones!

*Napoleón III, ensalzado, me perdió á mí; Napoleón III caído, te perderá á tí.*

*La historia de hoy cuenta cuatro mujeres destronadas en menos de dos años; Sofía, reina de Nápoles; Carlota, la emperatriz de México; Isabel segunda, reina de España; Eugenia, emperatriz de Francia. La historia hablará de cinco mujeres: la quinta serás tú, María Victoria. Si sales de Italia y surcas el golfo de una ciudad noble y gloriosa, puedes decir: "¡Adios golfo de Génova! Cuando vuelvas á surcar tus aguas, ellas me verán vestida de negro." Si permaneces en Turín, consientes que vaya tu esposo, fascinado por el brillo de una corona; si le atrae esa serpiente, prepárate para recibir la siguiente carta:*

*"María, todo concluyó; da un beso á nuestro hijo.—AMADEO."*

*He de terminar esta carta. ¡Adios, María Victoria! Siento que se turba mi mente, que mi alma vuelve á rodar por los insondables abismos de la locura. Vuelvo á ver luces en el aire, la sombra de cuerpo sin cabeza, dos manos cruzadas, oigo el crujido de los huesos. Veo muchas fieras que sacian su sed en charcos de sangre. Tan pronto me parece que soy una Diosa como que soy un monstruo del infierno. ¡Oh, hija de mi corazón! ¡No salgas de Roma; no abandones á tu patria! ¡Mira que te engañan, como me engañaron, que te venden como á mí me vendieron; que llegará un momento en que tu esperanza no conciba otra ventura que la horrible de morir loca! ¡María, María, cuida de tu esposo, de tu hijo y de tí!*

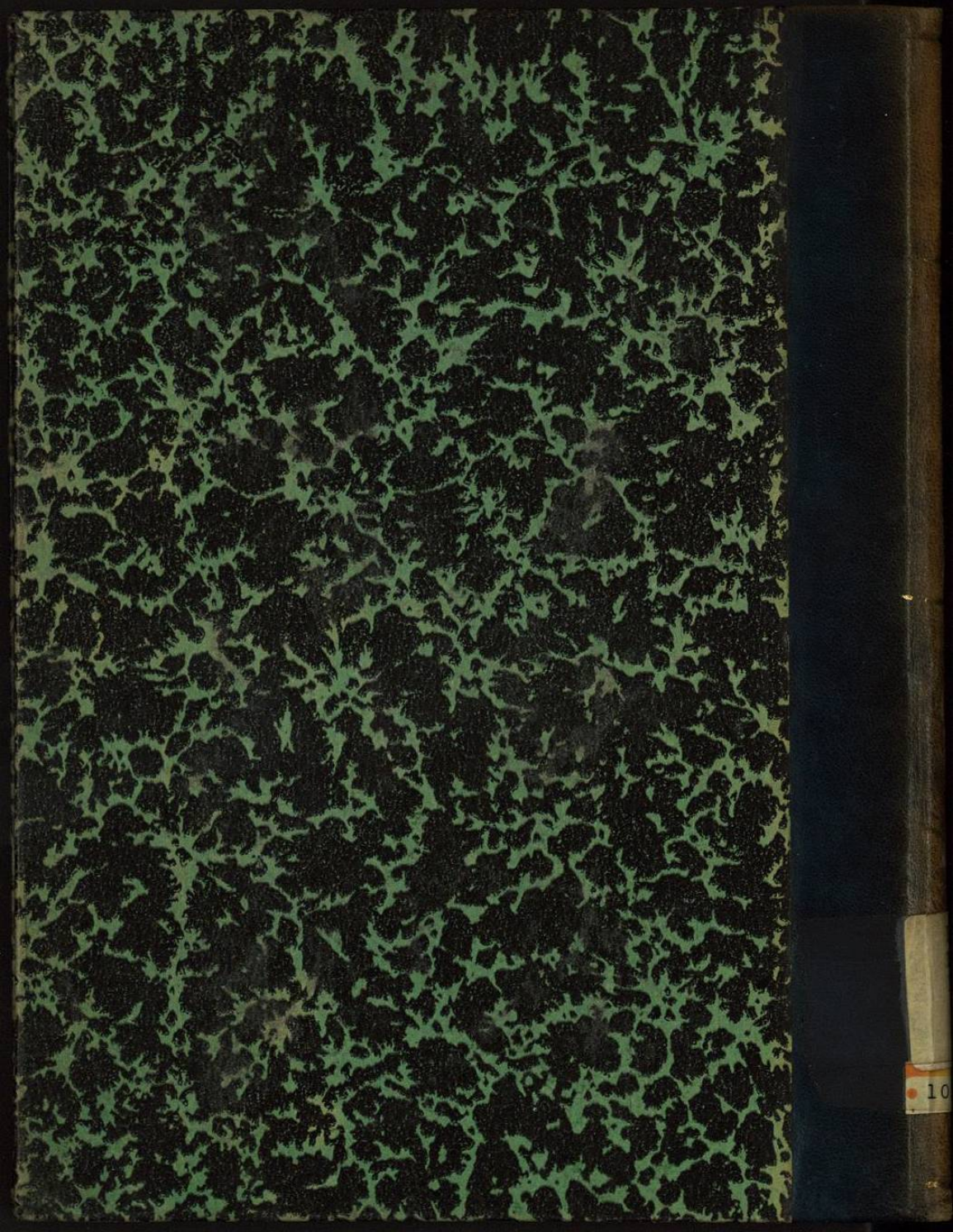
*Te he dado la prueba más grande de amistad que puede darte una mujer nacida, contándote historias, dolores y misterios que nadie conoce, mas que tu infortunada y leal amiga*

CARLOTA,

Ex-emperatriz de México.

María Victoria fué esposa de Amadeo de Aosta, á quien después de haber expulsado del trono á Isabel II los Españoles ofrecieron el trono en el año 1871. Amadeo viendo que una gran parte de los Españoles le eran contrarios, abdicó en 1873 el trono y regresó á la vida privada sin que por eso fuese condenado. ¡Ojalá y Maximiliano hubiera hecho lo mismo! — (Nota del editor.)





• 10